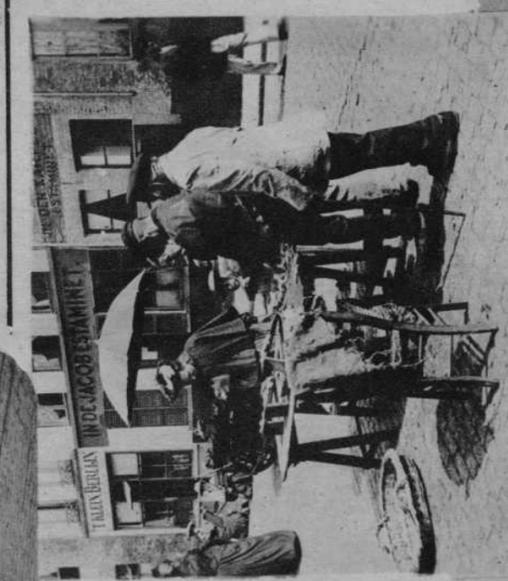


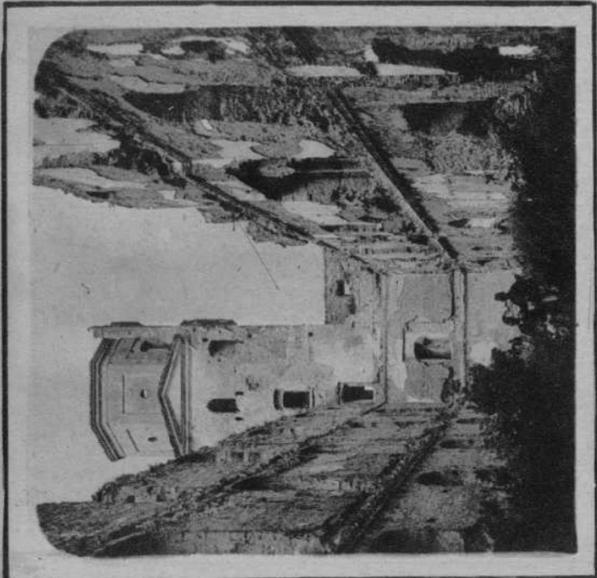
Cosmorama



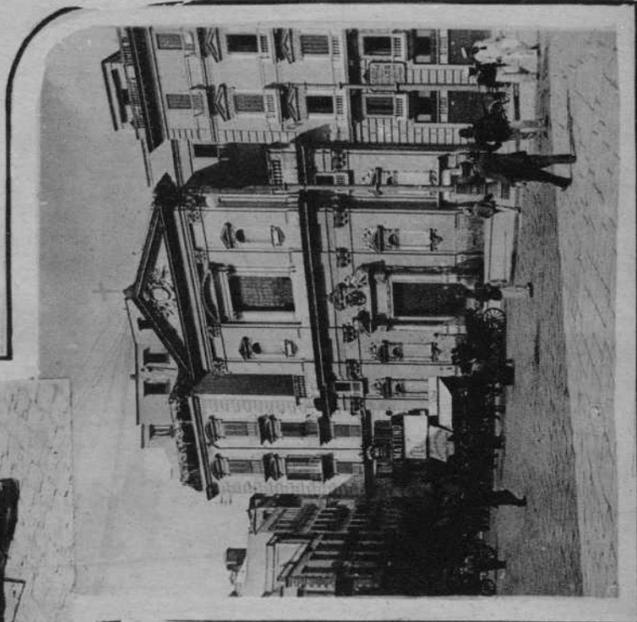
GENOVA:
La Plaza Nueva



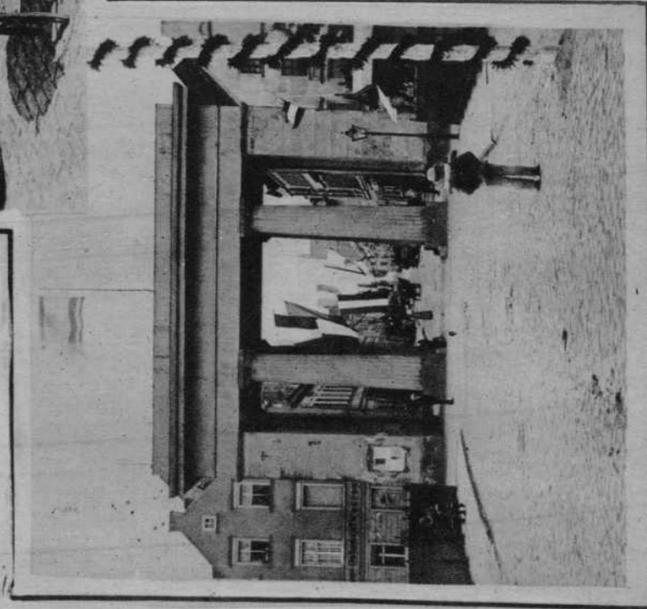
BRUJAS:
Merca to de pescado



PRESBURGO:
La torre en ruinas



NAPLES: San Fernando

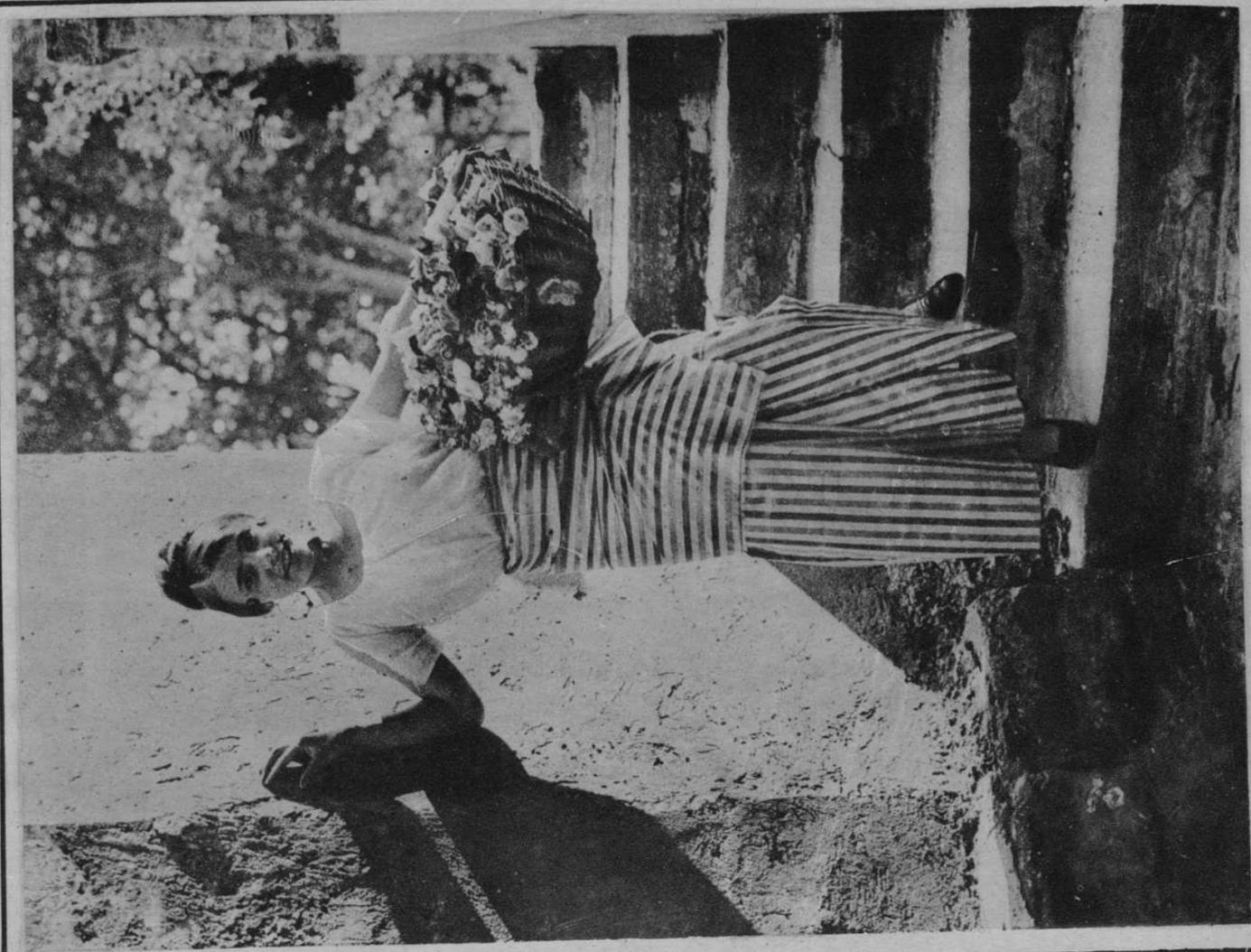


GREIFSWALD: Un arco

MINI.
105

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Dia Gráfico

JUNIO
1929



CAMPESINA ITALIANA



Pasatiempos



(SECCION A CARGO DE NOVEJARKYN)

Charadas

Primera

(Por S. M. G.)

Con su esposo vive Marta,
que dos veces total,
y con su hijo Pascual,
que es prima-tercera-cuarta,
y tiene suyo un as-tres
que mucho sudor le cuesta.
Y María, buena y honesta,
llevada del interés
de no ser allí gravosa
primadonas de noche y día
y juntos con alegría
pasan la vida dichosa.

Segunda

(Por MARIA MARTI)

La primera, repetida,
Lo hace el nene sin reparo;
La segunda es una letra
que empieza el abecedario.
Prima y segunda es un nombre,
Prima-tercera es un árbol.
Y el todo es un instrumento
que cuesta bastante caro.

Tercera

(Por MARIA MARTI)

Letra vocal, la primera;
La dos, nota musical;
La segunda con la tercera,
cosa de seguridad
en prisiones y conventos;
el dos-prima, al tribunal;
y de todo, no lo dudes,
¿tu cual yo, tienes un par.

Buena colocación
(Por «PICANTILLO»)

Proposición-Rio-Vocal D KK



Tarjeta

(Por MERCEDES VICENTE)

Teresa Escudé Sumajal

Combinar las precedentes letras de forma que resulte el título de una conocida revista teatral.

El estudio de Dios
(Por SERAPIO ALCASIZ)

Nota musical
bebida O
de mujer

Pueblo español
(Por LUIS S. MUSOZ)

Fiera — a D Nota Arbol

Certamen

EX desahogada IN
RIO Francia V LON

Muy deprisa
(Por «GRANADINO»)

Fiera P U N T O
CARDINAL

Cantante española
(Por ENRIQUETA DE BUEN VALEX)

Artículo
D nodriza YA

El Día Gratuito
CUPON
que debe acompañar
a todo envío de pasatiempo

Guasa

Fórmula En Pisa
VOCAL

Juego infantil

NOTAS
: : : :
PARA LA CABEZA
S

(Las soluciones, en el número del martes).

Soluciones a los pasatiempos insertados en el número de ayer:

¿Dónde vas?: A ver a Margarita.
¿Qué son tus hermanos?: Comerciantes.

En esta sección publicaremos los pasatiempos que se nos remitan, haciendo constar el nombre de su autor, con los únicos requisitos de que vengan acompañados de la solución correspondiente y un cupón como el que publicamos en esta plana, sean inéditos y originales... y estén bien

Acuse de recibo

¡Ay, misero de mí! ¡Ay, infelice!
(Cual Calderón, por Segismundo dice).
¿Para hallar tanto mal, caros señores,
inteligentes colaboradores,
decidme, voto a tal, qué daño os hice?
En el tono menor que siempre entono
pedí mayor cuidado, más limpieza
en las cuartillas que mandáis, pues conocéis que en rogar pongo largueza.
Y nada conseguí. La letra tosca
y el absurdo papel siguen viniendo.
Y todos continuáis, ¡ay, escribiendo
con tinta de color de ala de mosca.
Os pido más cuidado por la postrera vez
o en llenar el mi cesto no he de ser manco.
La tinta ha de ser negra como la pez
y el papel blanco, blanco, blanco. (1)

NOVELARKYN

(1) Y, además, escrito por un solo lado.

El milagro de la luz iba a ser un hecho, noticia que comunicó José Luis a su amada, y que ésta recibió con tristeza imaginándose la tragedia que sobre ella se cernía.

Y el milagro fué hecho.
Sobre la tapa del piano de Luz María, hay un telegrama que ella contempla con tristeza. Dice así:

«Llegamos hoy. Completamente curado.— José Luis.»

La jorobada tiembla. Su madre fué a mirar. Luz María se encuentra sola en la casa. Su corazón quiere saltarse del pecho. Suena el timbre de la puerta.

La jorobada, temblorosa, se aproxima a la puerta, preguntando dulcemente: —¿Quién es?

—La voz robusta de José Luis responde alegremente: —¡Soy yo! ¡Luz María!

La jorobada abre la puerta.

Entra José Luis en la habitación, con sus ojos hermosos llenos de luz.

Busta a Luz María, imaginándose que la jorobada que le abrió la puerta es una nueva criada de la casa.

—¿Y la señorita Luz María? ¡Oj su voz!

—¡Luz María! ¿Dónde estás? ¡Soy yo! ¡José Luis! ¡Dio, fué el milagro!...

La jorobada cierra la puerta, y en tanto que José Luis mira a lo largo del pasillo creyéndose, de buena fe, que Luz María se oculta para darle una broma, la infeliz contrachecha se sienta al piano y comienza a

trabaja.

lo buena que es Luz María... ¡to! ¡Es un ángel!...

Hablaba el ciego con entusiasmo, saltándose entre las palabras el amor que guardaba en lo más íntimo de su corazón, para la infeliz jorobada.

Las manos del ciego y de la contrachecha se estrecharon en un fuerte apretón de despedida.

—¡Adiós, José Luis!—murmuró tristemente la muchacha deforme.

—¡Hasta que nos volvamos a encontrar, Luz María!—roncaron los labios del ciego—. Porque voy hacia la luz y, si Dios quiere que ésta alumbré otra vez estos ojos quietos, podré contemplarte, Luz María, mirándome retratado en los tuyos.

Marcharon tío y sobrino.

Luz María, pálida como una muerte, tuvo que apoyarse sobre un mueble para no caer.

La pobre madre acudió a socorrer a su desgraciada hija.

—¡Mamá!—dijo llorando la jorobada—. ¡Le quiero con toda mi alma! ¡Y ese muchacho me cree la más hermosa de las criaturas! ¡Qué desgraciada soy!

La pobre vieja no supo más que acallar con besos e llanto de la hija desventurada.

Ha transcurrido un año.

José Luis ha escrito a Luz María cartas en las que amorosamente reflejó el sentir de su alma.

ejecutar el «Ave María» que tantas veces escuchó embalsado José Luis, cuando sus ojos estaban cerrados a la luz.

José Luis volvióse repentinamente y quedando petrificado al contemplar aquella ridícula figurilla sentada sobre la alta banqueta giratoria. El muchacho no sabe qué decir, dada, no quiere creer lo que contempla sus ojos. ¿Será posible? Aquella horrible jorobada, ¿será realmente su Luz María?

Se atrevió a preguntar: —¿La señorita Luz María?

La contrachecha responde tímidamente: —¡Soy yo!...

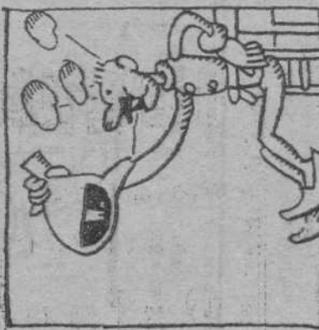
José Luis siente que el mundo cae sobre su cabeza; no acierta a pronunciar ni una palabra; sus ilusiones se derrumban; comienza a temblar; siente que el amor de su alma se hace pedazos; se frota los ojos para ver mejor, y cada vez le resulta más repulsiva aquella desmedrada figurilla que el «Ave María».

José Luis ve la puerta entreabierta, y huye como un cobarde, avergonzado, con los ojos llenos de lágrimas...

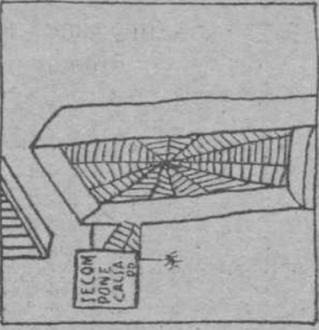
Al día siguiente, en las «Notas de sociedad», se lea esta noticia: «Repentinamente y a causa de un angina de pecho, falleció ayer, en su domicilio, la señorita Luz María Mendoza.»

(De nuestro Concurso de Cuentos).

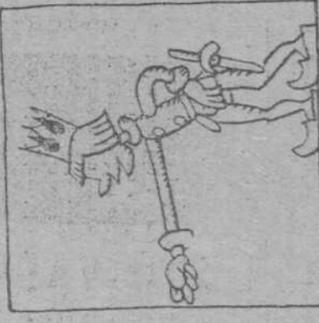
Relato breve y curioso, de un país maravilloso



Pone el suegro su afección en levantar el porrón, y con el calor del zumo la cabeza le echa humo.



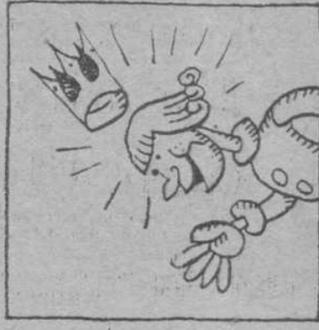
Pero, al fin, con la bebida, de sus remiendos se olvida, y la tienda, cosa extraña, se cierra con «telaraña».



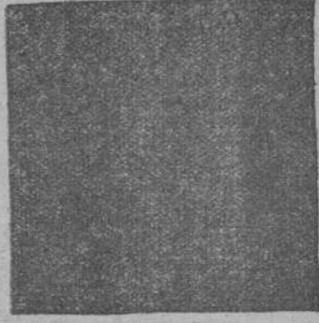
Con la vagancia del suegro el rey-yerno se va negro y su real majestad se enfurece de verdad.



Y el rey busca en su magín al escándalo dar fin, pues los juejenses están hartos del suegro holgazán.



Tras de mucho meditar un plan consigue encontrar y no grita: «¡Eureka!» luego porque el Rey... no sabe el griego.



¿En qué consiste la idea? ¡Misterio!—No hay quien la realice. En secreto el plan está. Ocho días se duró.

FIRMAS NUEVAS... POETAS Y ESCRITORES NOVELES

PASIONARIA

Celia ha muerto — me escribía el doctor —, y he visto cómo su cadáver flotaba... No hubiera creído nunca que tal cosa fuese posible... En sus últimos momentos de lucidez me decía:

—Es que mi existencia ha sido muy penosa, y he sufrido grandes tristezas, teniendo muy poca suerte...

Su cara — tá sirvada de dolores; mi de cepciones han dejado allí huellas indelibles. Sus ojos, sin embargo, sonríen sin cesar; en medio de los muchos rasgos de su fisonomía, sus ojos resplandecen, revelando un candor sublime y una purísima esperanza.

—Usted me salvará, y acaso en el porvenir será más dichosa.

Contéstole en alta voz: "Sí." Y en mis adentros, ¡ay!, pienso: "¡No! ¡No!"

Pero he aquí que, de repente, me llama. Un gran círculo amoratado se va destacando en torno de sus ojos sonrientes. De su frente mana un abundante sudor livido.

—Venga, venga — dice —; siento en mí no sé qué cosa, algo terrible. Parece que voy a morir.

Acndi presuroso alrededor del pobre cuerpo casi inmóvil. Sólo en la cara podían traharse las angustias de la paciente. Apenas las manos se movían a moverse encima de la sábada. Sus penas habían alejado todos los focos de vida. Pero yo siento su corazón que tambalea, me fijo en su boca que hace ruidos esfuerzos para pedir un poco de aire.

Despacio, muy despacio, escapa la crisis. Acierro que su mano quiere retener la mía.

—No se mueva usted de mi lado — me dice —; tengo miedo...

No me separé de ella. Desaparece el sudor de su frente. El tan terrible malestar se calma. El aire pasa de nuevo, al pecho casi destruido. Y sus dulces miradas no pesan de sonreír.

—Mi amable doctor; quiero hablarle del que fué mi vida, mi todo; del que amé y amo tanto, del que a pesar de que nos separa para la inmensidad del mar, no le he olvidado nunca. ¡Verdad, doctor, de que él también debe seguir amándome! Yo quisiera verlo una vez tan sólo antes de morir, pero no, no puede ser; él está sujeto por otros lazos que le vedan recordarse de mí. Pero usted le dirá que mi pensamiento y mi último adios fueron para él.

Le estrecho la mano para darle confianza, y siento con su frágil mano que su corazón es feliz al recordar del que fué para ella todo un poema de amor.

—¡Oh! — exclama —. Siemp. Le ve; ítera tan bueno para mí! En los ojos... Le verá siempre en los ojos...

—¿Cómo le ve, pues, todavía? ¿Qué otra cosa se refleja de repente en sus ojos?

—Yo creo... ¡oh! Párceme que eso viene a empesar.

Es verdad; la crisis reaparece, y de un modo sin piedad. A pesar de que he hecho el finim, esta vez domina a la víctima; nada puedo hacer contra ella!

—Siento que voy a morir — dice.

Los ojos, sonrientes, suplican aún:

—¡Pero usted le hablará de mí, usted le dirá cuánto sufrió por él!

Veo ya a Celia desfigurada por la muerte. Y la infortunada repite:

—No se mueva usted de mi lado.

—¡Oh, sí! Se lo dije, Celia; y ahora no tema, que yo no me separaré y quedaré muy cerca de usted estrechando su mano.

—Nada más puedo hacer por usted?

Sus labios se contraen y vuelven a caer tristemente. Es, ciertamente, debió haber sufrido tanto y no poder saciar su última sed con la de su amado.

El sudor, el sudor negro, mana otra vez de la frente livida. ¡Oh, cuán duro es morir así tan sol!

El sacrificio es inmenso, e imposible es proger su hora; hay que consentirlo tan pronto como suena la voz que lo reclama.

¡Oh, cuán duro es abandonar esta vida, hecha por entero de amor y de dolor!

Los ojos continúan aún, pero débilmente. Sonríen hasta el último segundo.

Ya no habla más. Ya no respira más. El corazón ha dado un salto, después otro; rendido.

Celia ha muerto. Sus pupilas se ensanchan solemnemente sobre un abismo vidrioso. Todo está concluido. Imposible salvarla.

Entonces, de los ojos de la muerta brotan grandes lágrimas, que resbalan por las mejillas. Veo su rostro crisparse como para llorar durante toda la eternidad.

Durante algunos minutos quedé aún guardando la mano del cadáver entre mis manos, pensando cómo y de qué manera podía ser fiel intérprete de aquel corazón, ya fenecido, que todo fué pasión de amor.

El cielo está encapotado, se destacan neblinosos nubarrones; la muerte acecha y se lleva la frágil paloma que fué todo un ensueño de una noche de calma en la isla piacentera.

Santiago COMPTÉ

Barcelona, mayo, 1929.

A LOS LINDEROS DE LA MUERTE

Quando veas la muerte cercana no te atormentes el pensamiento, mira que la vida es muy liviana y llena de eterno sufrimiento.

Haz memoria de lo que has pasado y encontrarás llanto y amargura, por muy dichoso que hayas estado no todo te habrá sido dulzura.

No debes temer pues a la muerte que ella te calmará tu congoja, debes reír y no extremecer cuando a ti entre sus brazos te coja.

El día último de tu existencia toda pena te será finida, polvo aquí serás, pero tu esencia volará a buscar la mejor vida.

Antonio Clusa



—¿Te gusta mi retrato? ¿No está bien? — Sí, señora. Mejor que usted.

ROSA DE NIEVE

Las flores de las jardinas languidecen sin cesar, porque muy lejos se encuentran la que vida les dará.

Fué una noche de verano las estrellas brillaban, formando corte de honor a la Pálida Diana.

Bajó al jardín la doncella de negros turbazonas, la de talle de palmera, la de ojos abrasadores.

La de las manos chiquitas que cual si fuesen magnolias se posan sobre las flores suaves como mariposas.

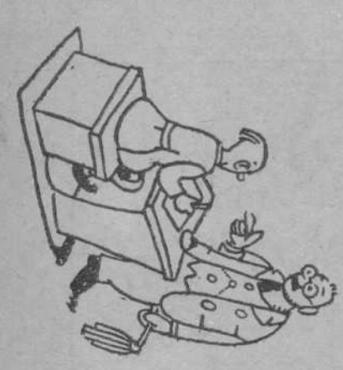
No volvió la doncellita a bajar por el jardín, y las flores en silencio exhalaban su sufrir.

Las flores más hermosas fueron cortadas un día, para servir de corona de muerte, para la niña.

Pálida como los lirios pura como la alborada, se encuentra la dulce virgen en una cajita blanca.

Y las flores siempre puras candorosas cual la nieve, dan su tributo a la virgen que se marchó para siempre.

Manuela Andera Fortoll



—Haces muy mal los problemas. Se lo dió a tu papá

—Pues mire, papá se enfadará mucho... Porque los hace él mismo

Páginas infantiles



EL GANSO

Los gansos, como los patos, pertenecen a la fauna boreal, descendiendo a los países templados en invierno en grandes bandadas formadas en dos líneas divergentes.

La especie que en mayor número llega a nuestro país, es de «ganso o ganso común» magnífica ave de un metro de longitud, con un plumaje gris ceniciento.

Durante la Invernada llega al Sur de España, el Norte de África y la India. En tal época, en las marismas del Guadalquivir y el coto de Doñana, los hay a centenares, viéndose a ciertas horas reunidos sobre las dunas, donde van a tomar arena, que ingieren para hacer la digestión más fácilmente.

Es notable, el valor con que los padres defienden su nido, siendo de notar que el hembra macho permanece cerca de la familia hasta que los pequeños son lo bastante crecidos para gobernarse por sí mismos, al contrario de lo que ocurre con los patos, cuyos machos se separan de las hembras apenas terminada la puesta.

La alimentación del ganso es puramente vegetal, componiéndose de hierbas, cereales y plantas acuáticas.

El hembra común es el antecesor silvestre de la vulgarísima «oca» o «ganso doméstico», cuya cría se recomienda a todos los agricultores.



EL GANSO

carne y su grasa son muy estimadas, y el hígado, que mediante un régimen especial de hipetroña y llega a pesar cerca de tres kilos, se emplea para la confección de exquisito «foi-gras», la más universal de las conservas alimenticias.

El plumón de ganso sirve para la fabricación de brochas con que nuestras cocinas se dan polvos.

Las grandes remeras de la misma ave tienen una importancia enorme en la historia de la literatura. Cervantes, Calderón y Lope de Vega, escribieron con plumas de ganso sus producciones inmortales. El cortar la pluma y hacerle los puntos era antiguamente, antes de conocerse las plumas de acero, un verdadero arte, que sólo conocían las personas que conocían mucho.

El verdadero «ganso blanco», no pertenece al hemisferio boreal, sino al extremo Sur de América, habiendo sido descubierta en Chile, donde se le conoce con el nombre de «coscoroboa».



—Niños: ¿no os da vergüenza andar a cuatro patas como los burros?

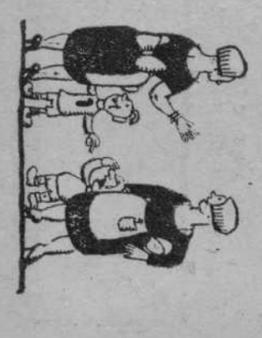
—Es que jugamos a hacer el burro, mamá.

La blancura de su plumaje, sólo interrumpida por una mancha negra en las remeras primarias, y el tener el cuello más largo que lo corriente entre las ocas, ha dado pie para que algunos naturalistas lo coloquen entre los cisnes; pero su cara empumada hasta el pico, su modo de graznar, y sobre todo, sus costumbres son las de un verdadero ganso, aún cuando de género distinto de los que viven en Europa.

Existen otras muchas y variadas especies de gansos; pero las más notables son el «ganso chino», que tienen los chinos en su estado salvaje, su verdadera patria es la Siberia oriental y el Japón pero emigró a China al llegar el invierno; el «ganso de Asia y de América occidental», cuya pluma es siempre blanca como la nieve de su patria; el «ganso galináceo», especie muy rara que vive en Australia, que es muy poco nadador, pasando casi su vida entera en tierra; el «ganso de Magallanes», que se encuentra en Patagonia y la Tierra del Fuego y las islas Flankland, y finalmente, el «ganso del Nilo», que vive en numerosas bandadas en el alto Egipto, en los parajes ricos en vegetación, ave notablemente esbelta, de patas altas, cuello blanco y alas alargadas, pintiguadas, negras, provista de un tubérculo córneo como un principio de espólio.

Es la única especie que hace el ruido en los árboles y de régimen omnívoro, devorando gran cantidad de langostas y otros insectos.

B. S. N.



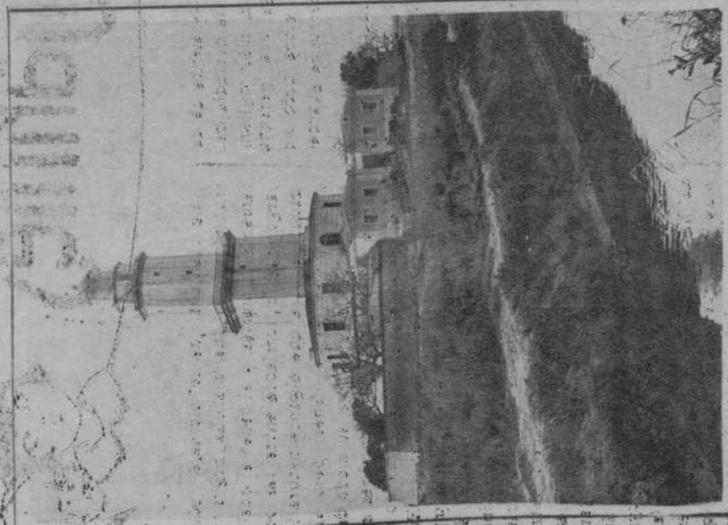
—¿Por qué lloras este niño?

—Se ha hecho daño en la nariz.

—Pues tendrías que llorar con la nariz y no con los ojos.

ALREDEDORES

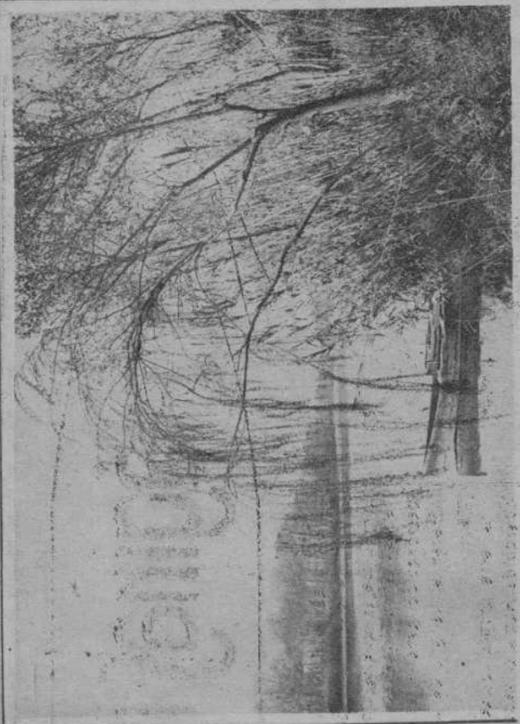
BARCELONESES



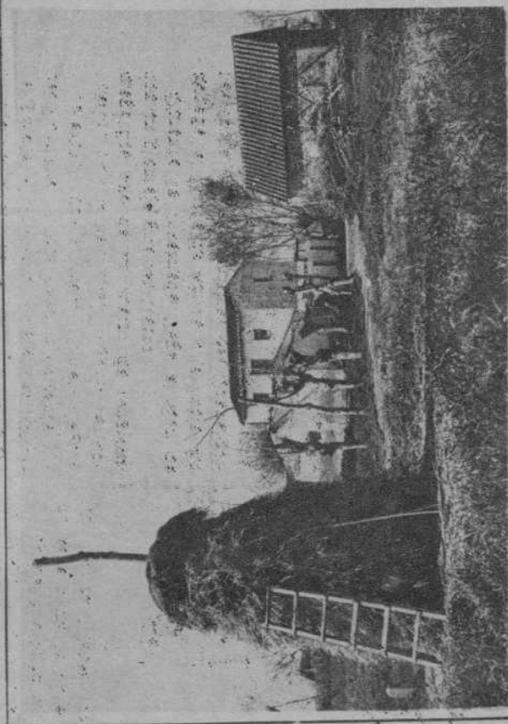
La popular «Farol» del Llobregat



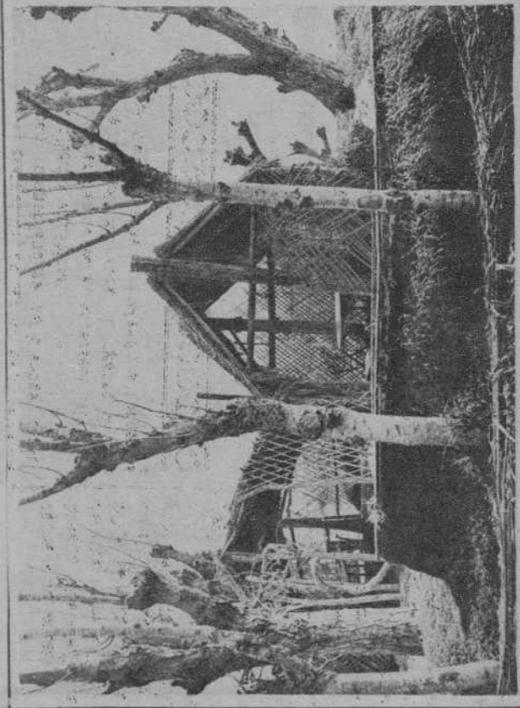
La desembocadura



Detalle del río



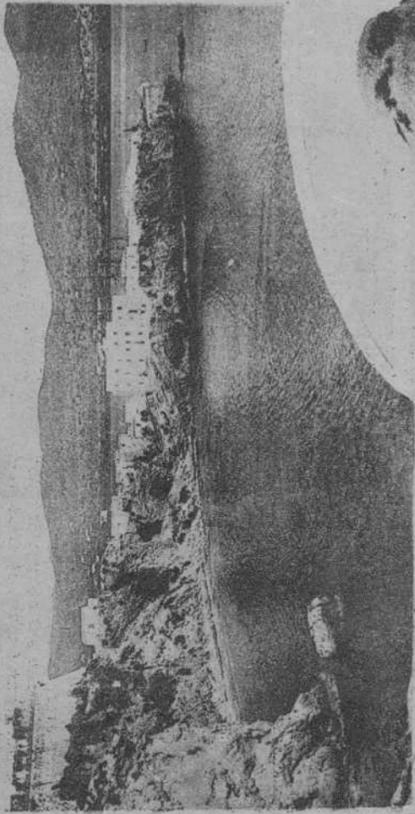
Un refugio



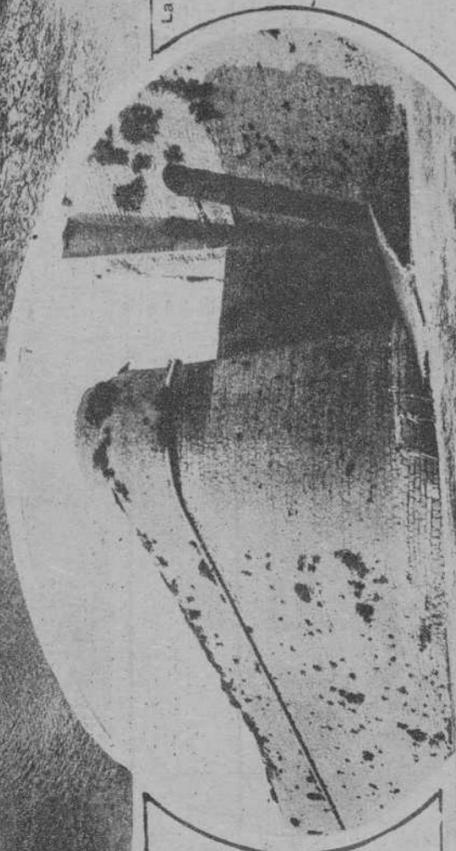
Detalle de un merendero

Paisajes españoles

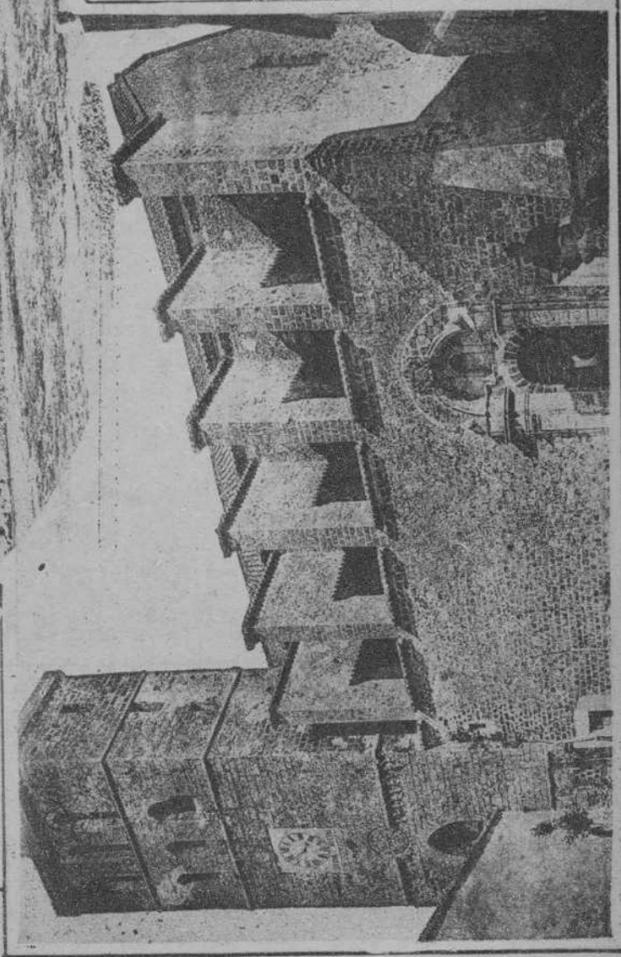
IBIZA



La playa desde el Soto



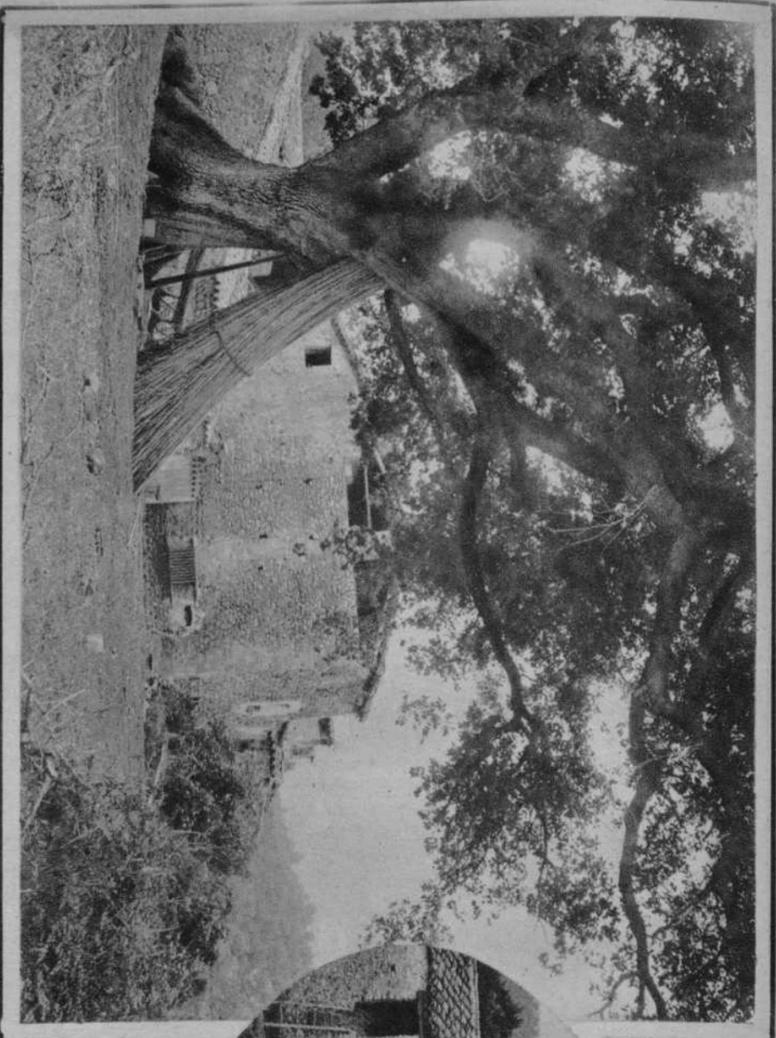
La calle de la Virgen



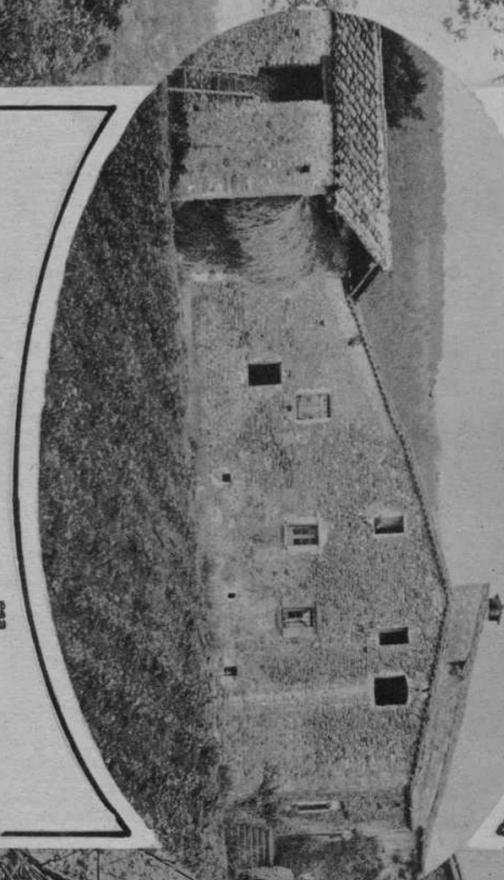
El Portal Nuevo

La Catedral

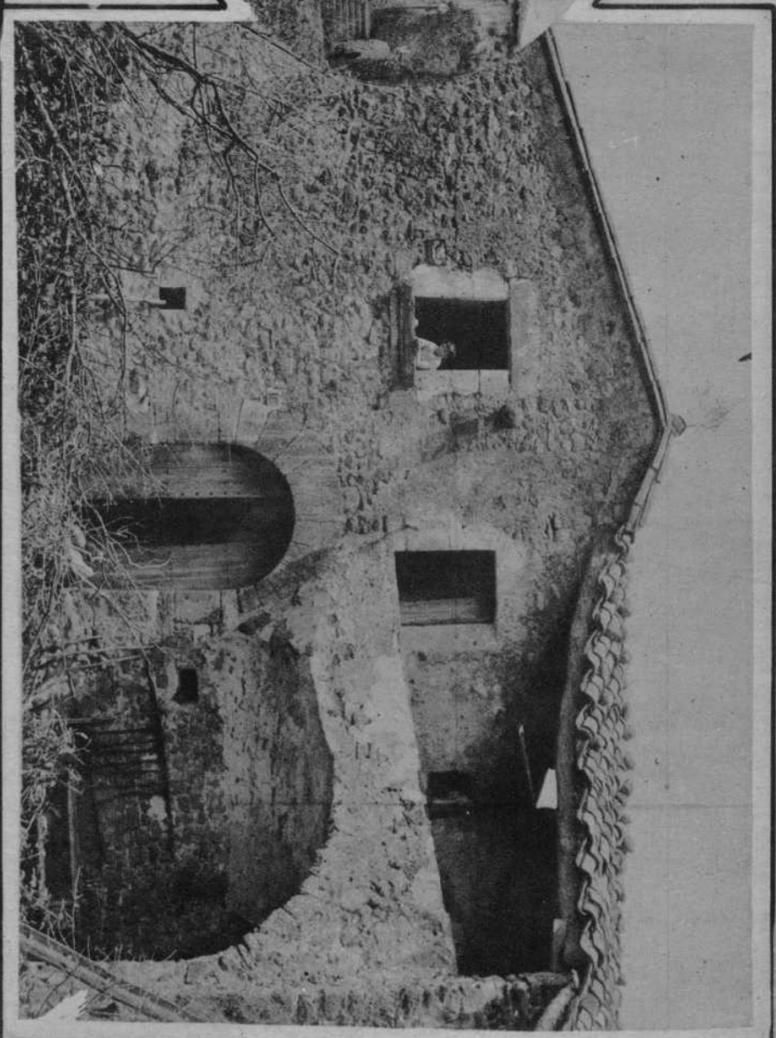
MASIAS AMPURDANESAS



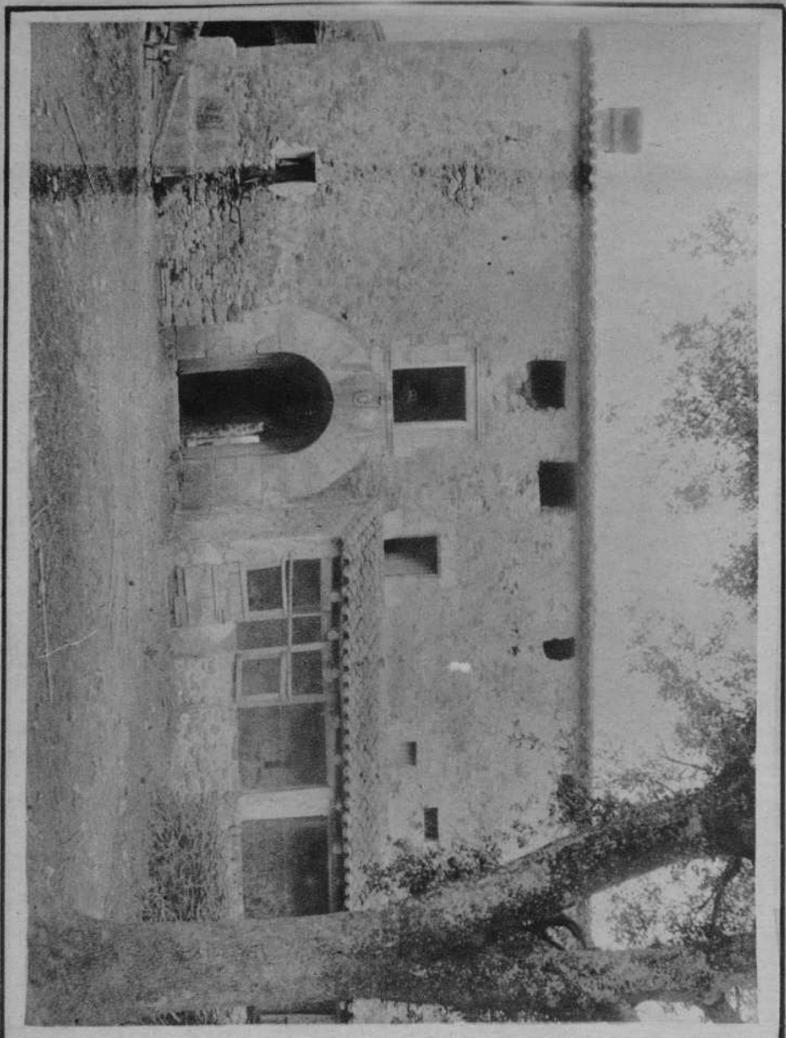
«A càu Tanior en la alta montana»



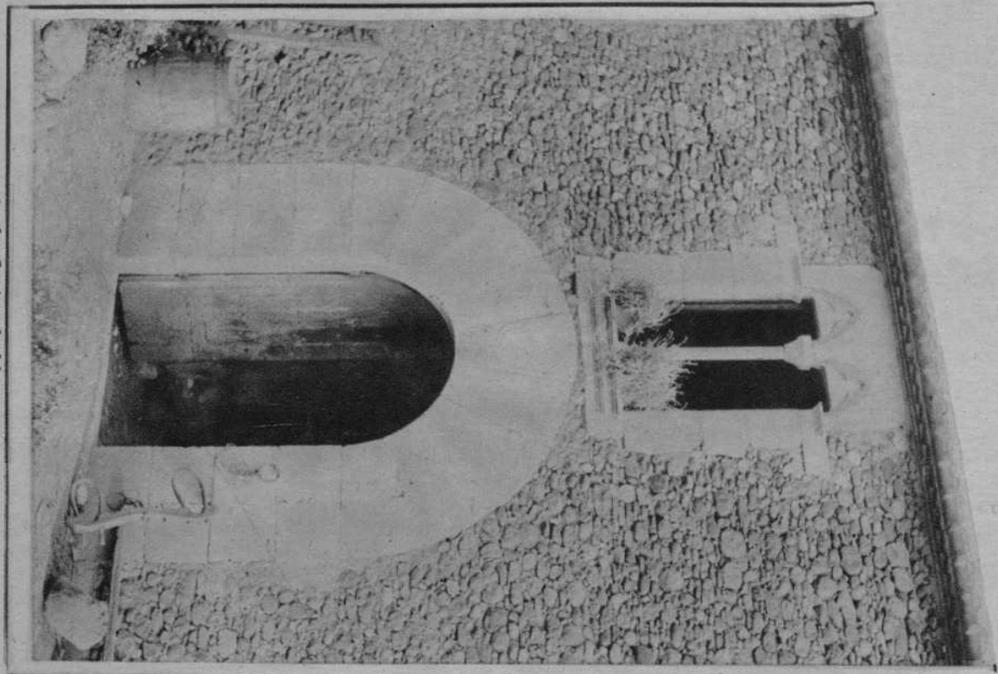
«Càu»



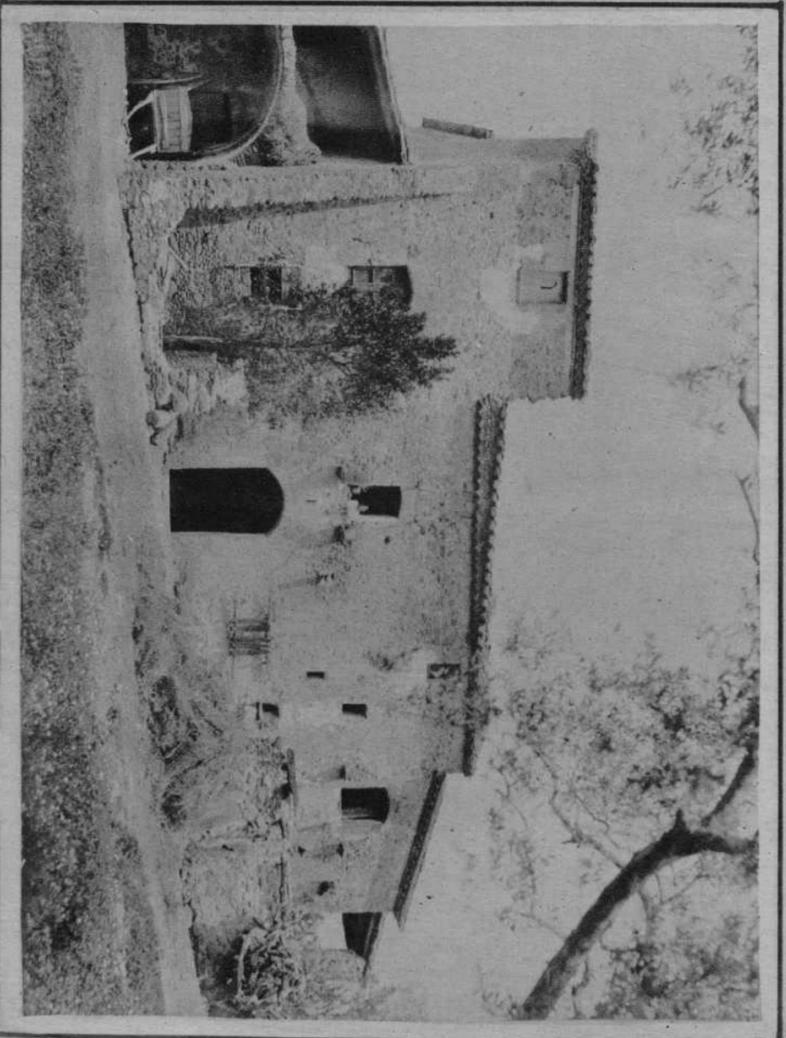
«A càu Collell» de Gabanelles



«A càu Vila» de Dosguers



«A càu Costan» de Llavatera



«A càu Guri» de Galixàs

(Fots. Vila)

PTALUNA

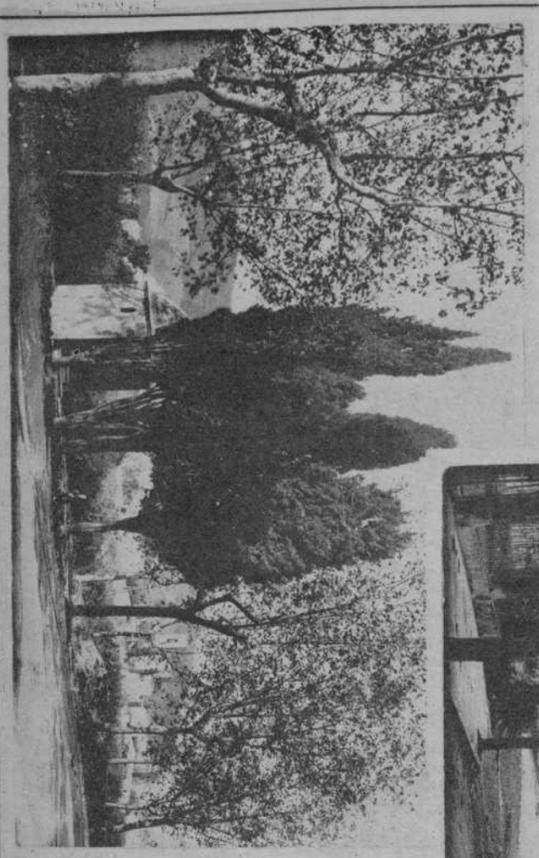
INTORESCA



Un paisaje interesante

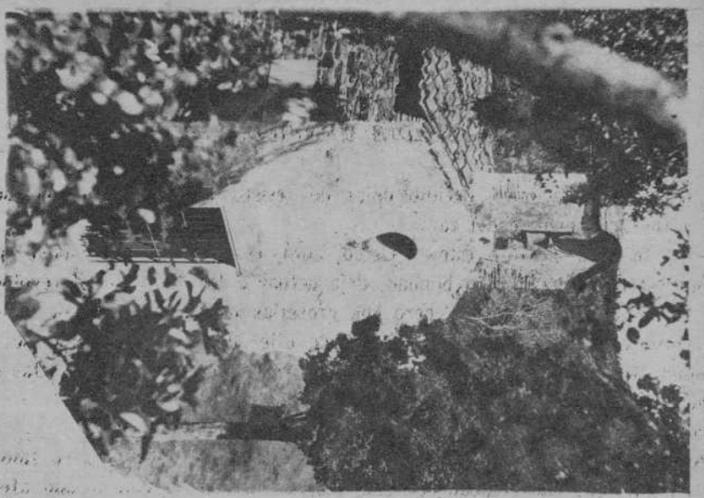
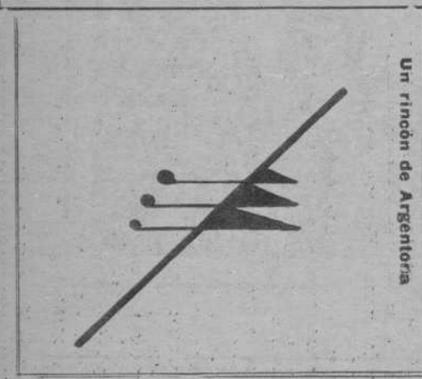
FR
CENTONFI

Vista parcial



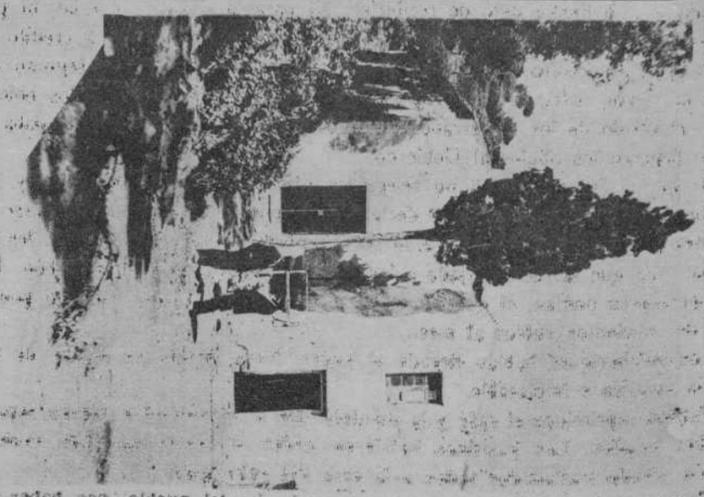
La capilla del Santo Cristo.—(Fots. S. Carreras)

Un rincón de Argentera

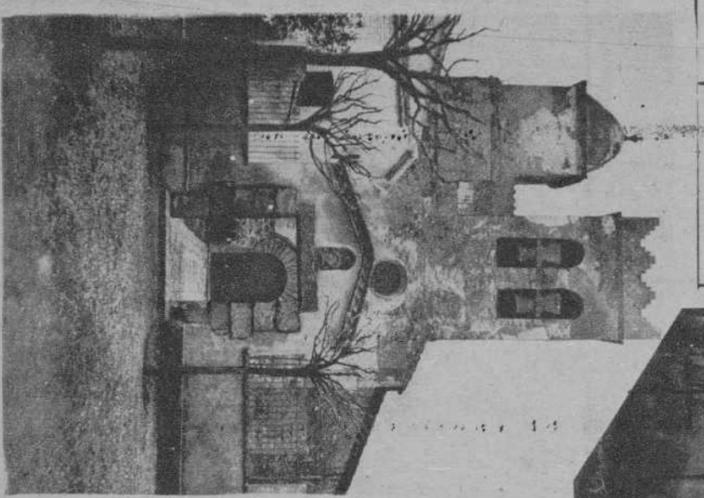


La ermita de San Cipriano

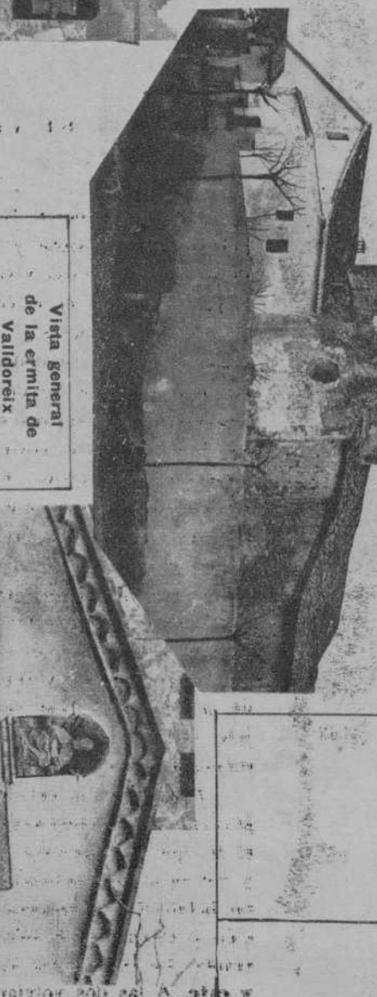
Las ermitas populares



Vista general de la ermita

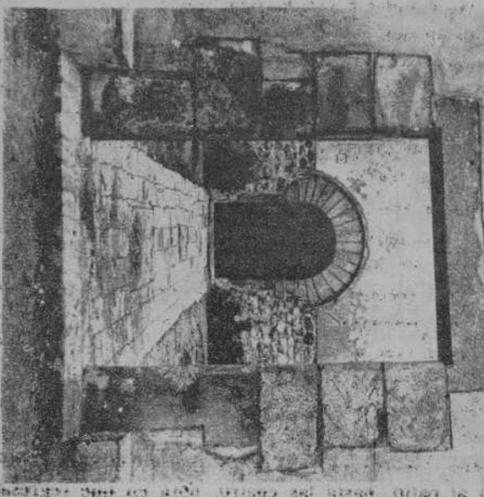


La ermita de Valldoreix



Vista general de la ermita de Valldoreix

(Fots. Carreras)



Detalle de la puerta

En esta página se muestran algunas de las ermitas más interesantes de la zona de Argentera y Valldoreix. Las fotografías han sido tomadas por S. Carreras.

Luz María Mendoza

por
Luis Ibañez
Villaseca

Ilustraciones
de
Terruella



delgadísimo que interpretaban magistralmente las más difíciles páginas de los maestros inmortales.

La contrachecha, la muchachita deforme, poseía el don de la habilidad, para todo cuanto se relacionara con las exigencias hogareñas.

Los dedos amarillentos de Luz María bobdaban primorosamente, haciendo unas labores tan bellamente perfectas, que eran encomiadas por todos los que las contemplaban.

Luz María Mendoza era, en fin, una muchacha que poseía todas las buenas cualidades que puede reunir una mujer, para optar al amor de un hombre y estas se hallaban encerradas en un cuerpo pequeño, deformado y repulsivo.

Luz María, durante la ceremonia, en la cual su hermana Dolores daba la despedida a su libertad de soltera, había pensado tristemente.

—También Dolores marcharía con su esposo a gozar plenamente su juventud, a contemplar ciudades primorosas en su viaje de novios, a vivir la vida buena, convertida en una buena esposa.

¡Qué dolor! — ¡Quedaré sola con la pobre vieja!... ¡Solitas las dos!

La anciana, que renunció a la vida por el peso de los años, y la despreciable jorobada, la contrachecha ridícula, que también tiene que renunciar a la felicidad, por su aspecto feo y despreciable!

Y Luz María miró con envidia a los novios y a las bonitas muchachas que asistieron al enlace de su hermana, a todos, en fin, envidió la jorobada, dejando que sus ojos pequeños se enturbiasen con lágrimas de dolor, pues el corazón de la pobre contrachecha era todo ternura y bondad, incapaz de sentir el odio que siempre va unido a la envidia.

Entre los invitados a la boda, se hallaba

hombres, que enamorados las condujeron al altar.

Mercedes y Dolores, hermosas hembras de líneas primorosas, de ojos bellos en rostros perfectos tuvieron bastante con su hermosura para triunfar en la vida, conquistando la felicidad.

—¡Yo nunca seré feliz! — murmuraba Luz María Mendoza.

Y estas reflexiones nacían en el pensamiento de Luz María, al contemplarse en el espejo, que ponía de manifiesto ante los ojos de la infeliz muchacha, la desconsonancia sobre una boca de exageradas dimensiones. Dos ojos muy pequeños y sin pestañas brillaban en su semblante amarillento.

Luz María al caminar sobre sus decaídas simas piernas, se balanceaba soportando una horrible joroba, que la obligaba a sacar el pecho hacia adelante. La infeliz muchacha se contempaba en el espejo, viendo con la cabeza empotrada materialmente entre sus hombros y exclamaba dolorosamente.

—¡Qué lejos estoy de la felicidad!... ¡Mercedes y Dolores, son dos pájaros llenos de luz y de hermosura!... ¡Yo soy la estampa de Polichinel! Y se tapaba los ojos con las manos, horrorizada, al verse en la clara luna del espejo, tan fea y repugnante.

Sin embargo Luz María Mendoza, poseía una voz extraordinariamente acariciadora, que parecía imposible saliera por aquella boca tan desproporcionada. Una voz dulce, de timbre arrullador, una voz que al hablar Luz María, daba la sensación de que pertenecía a una bellísima mujer.

La infeliz jorobada, era realmente un prodigio, cuando sentada ante el piano, dejaba raer en su teclado, los dedos largos y

Luz María Mendoza, arrodillada ante el altar de la iglesia, rezaba con fe, pidiéndole a Dios, suerte para su hermana. Dolores, que en aquel momento, se unía para toda la vida, al hombre que supo rendir su corazón.

En el altar brillaban las luces como estrellas.

Los novios se miraban dichosos. Luz María, emocionada, enjugaba sus ojos, en los cuales temblaba el agua del llanto, que en aquellos momentos, era nacida a impulsos de una ternura sentida hondamente.

Finalizada la ceremonia, cruzaron los novios la anchurosa nave de la iglesia, reflejándose en sus semblantes la felicidad sentida.

Luz María había sido testigo de las bodas de sus dos hermanas.

Mercedes (la mayor) contrajo matrimonio, con un muchacho distinguido y marchó a tierras de México, donde su esposo fué destinado de Vice-consul, y según las cariñosas cartas escritas desde aquel lejano pedazo del mundo, Mercedes era feliz con su marido.

Dolores, la otra hermana, acababa de jurar solemnemente, ante Dios ser la esposa amante, la compañera para toda la vida de un hombre honrado.

—¡Qué felices son Dios mío! — pensaba Luz María. — El amor, jugo de la vida, ha llamado al corazón de mis hermanas y serán, por obra y gracia de ese mismo amor, esposas amantes, madres cariñosas, que darán al mundo la flor de sus vidas convertidas en nuevos seres.

—¡Qué felicidad, Dios mío! — repetía Luz María Mendoza, limpiando sus lágrimas.

¿Llegaría algún día para ella, la felicidad que gozaban sus dos hermanas? ¡Imposible!

Dolores y Mercedes eran hermosas. Su belleza atrajo bien pronto la atención de los

ya de tantas humillaciones, decidió dejar de resistir a los soldados bolchevizados, y fué a despedirse del zar:

—No se vaya—le dijo éste—. Usted, aquí, es nuestro único apoyo, porque Pankratof, a pesar de su bondad, deja actuar a los soldados en revolucionario. No es que nos torturen, pero sus groserías dañan. El otro día, saludé a un centinela: “¡Buenos días, tirador!”—le dije. El respondió: “Yo no soy un tirador, sino un camarada”. Otras veces no responden a mi saludo. Hay que perdonarlos y resistir. No se vaya usted. Hágalo por mis hijas.

Kobylnsky, decidió quedarse, y el zar le abrazó.

No todos los soldados trataban desconsideradamente al zar y a su familia. Había algunos que conversaban con ella, testimoniándole respeto y aun afecto, pero poco a poco, estos soldados iban siendo sustituidos por otros, regresando a Petrogrado, y los que llegaban, estaban completamente entregados al extremismo revolucionario. Una montaña de hielo, en la que habían abierto una escalera el zar y el zarevitch, fué destruída. Las salidas a la iglesia fueron restringidas, no tolerándose más que en días de grandes fiestas. Algunos presentes que la familia imperial recibía, incluso un vino tónico para el zarevitch, fueron destruídos.

A esto, se sumó la carencia de recursos. Al partir la familia imperial, Kerensky advirtió que todos los gastos, tanto de ella como de la servidumbre, corrían a cargo del Gobierno provisional. Los envíos de dinero se fueron espaciando y Kobylnsky dejó de recibirlos. Ni para la familia imperial, ni para los soldados que la guardaban había dinero. Kobylnsky tomaba a crédito los viveres, pero el crédito le fué negado y las cartas enviadas no conseguían una respuesta, o por sufrir el Gobierno con las luchas con el Soviet y los bolcheviques, el olvido de los desterrados en Tobolsk, o por que alguien cuidaba de que no llegasen los oficios al Gobierno.

Al fin, le fué entregado un telegrama oficial al coronel Kobylnsky. Lo firmaba el comisario Kareline, y decía que el pueblo no podía encargarse de mantener a la familia imperial y a su servidumbre, y que los Soviets no les entregaban más que la ración fijada a los soldados, habitación, luz y carbón. Los ex emperadores podían, si querían, pagarse otros gastos, pero éstos no podían pasar de seiscientos rublos al mes...

Los bolcheviques habían llegado al poder. Rusia estaba en manos de una minoría fanática e implacable.

Fueron suprimidos el café y la manteca. De la servidumbre fueron separados diez criados. Los palatinos sufrieron orden de detención. Los criados, también, siendo trasladados todos a la casa del gobernador.

Como que los soldados deseaban un comisario del pueblo, por haber expulsado, después de diferencias y de riñas a los comisarios Pankratif y Ni-

CAPITULO X

El cautiverio de Tobolsk

Los emperadores fueron guardados en Tobolsk, en la casa llamada del gobernador, espaciosa y de una suntuosidad burguesa. Estaba situada al final de una calle solitaria y casi aislada. Una empalizada tapaba el acceso a la casa, el patio exterior, en el cual la familia imperial tenía sus horas de asueto.

Los emperadores y sus hijos ocuparon el primer piso. Los palatinos y los criados una casa inmediata, casi frente a la casa del gobernador. La guardia era dada por los tiradores de la guardia, que habían hecho el viaje desde Tsarkoieselo, acompañando al tren imperial, y obedecían al coronel Kobylnsky, hombre afable, cortés y culto, que era gobernador de Tsarkoieselo en el momento de la partida. Aun cuando afecto a Kerensky, tenía por los emperadores tales deferencias, que se le hubiera creído monárquico.

En la ciudad, la llegada de los emperadores produjo una emoción enorme, dividiéndose entre monárquicos y revolucionarios. Las gentes del pueblo miraban la casa con un gesto de consternación, como si fuese para ellos increíble que los zares estuviesen allí recuados, sujetos a una vida encogida y vigilada quienes habían sido amos absolutos de todo y de todos. En cambio, en los revolucionarios, y sobre todo, en el Soviet local, se hablaba rencorosamente de las deferencias que se tenían con los Romanof y del desdén de que era objeto el Soviet de Tobolsk por parte del Gobierno de Petrogrado, desentendiéndose de él para la guardia de los emperadores.

A pesar de la cortesía del coronel Kobylnsky, la vida en la casa del gobernador fué adquiriendo una monotonía horrible. Hacia las nueve se servía el te, que el emperador tomaba con la gran duquesa Olga, el zarevitch Alexis y sus otras tres hermanas, lo tomaban aparte, permaneciendo en la cama o en su habitación, la emperatriz, casi siempre enferma. Después, todos, daban lección o escribían sus diarios íntimos hasta la hora de bajar al patio, antes de comer. La comida era buena, sin ser opípara: sopa, carne, pescado, confituras y café. A las dos volvían al patio, hasta las cuatro, hora en que regresaban a la casa, dando lección de historia el zar al zarevitch y los profesores Gilliard,

José Luis, un muchacho de la edad aproximadamente de Luz María.

José Luis, había nacido y se había criado en Santa Cruz de Tenerife, esa dorada isla canaria, guardada por las nieves eternas del Monte Gigantesco.

—¿Qué pena! — murmuró la jorobada.

José Luis fue presentado a Luz María por un tío carnal del pobre ciego, amigo de la madre de la contrachecha.

La voz arrulladora de Luz María, cantivo al joven ciego, que seguía el oído para no perder ni una sola palabra de las pronunciadas por la jorobada, palabras que iban cayendo en el corazón del infeliz muchacho privado de la vista.

—Venga usted! Venga usted conmigo, José Luis! — repetía la muchacha deformada, salticando sus palabras con su risa de cristiano.

En tanto que los invitados hablaban en el jardín, Luz María llevase al ciego al saloncito de música.

—Me ha dicho usted, que le gusta Schubert? — preguntó Luz María.

—Sí, señorita, Schubert dejó escritas páginas muy sencillas pero llenas de ternura.

—Síntese usted, que voy a cantar la "Serenata", pero confío, en su indulgencia José Luis, porque lo hace bastante mal.

—¡Imposible! — repuso el ciego. — Su voz ya es cantarina cuando habla usted, Luz María. Cantando, el timbre de esa voz debe llegar al alma!

El ciego dijo estas palabras con sus ojos quietos y avanzando un poco la cabeza como si intentase mirar.

La jorobada ayudó a José Luis, a llegar hasta un sillón, sentando al pobre ciego amorosamente.

—Eh... ¿Qué tal?... ¿Sería un buen Lazarrillo para usted?... ¿Sería un buen ser?... ¿Qué buena debe de ser, y qué hermosa! — dijo, con calor José Luis, haciendo que por un momento se olvidara de su amor, para mirar a José Luis, haciendo las amarillentas mejillas de la muchacha deformada.

En el jardín trinitaban las risas de los invitados, entre las escandalosas arbitrariedades de la moderna orquestación.

Luz María comenzó a ejecutar en el piano la "Serenata" de Schubert, cantándole una consub-voz de oro.

El ciego iba incorporándose poco a poco, fascinado por los acientos de aquella voz tan pura y tan irresistiblemente sugestiva.

—¡Maravilloso! — Es usted un ángel! — exclamó el ciego, puesto en pie y extendiendo sus brazos en el aire.

—Luz María... Venga usted hacia mí, para que mis manos puedan estrechar las suyas; esas manos que saben tejer tan pittorescamente sobre el teclado del piano...

Luz María avanzó hacia el ciego, interrumpiendo a éste:

—¡Jesús, hijo!... ¿Tanto le ha gustado? — Sublime! — repetía el muchacho, estrechando entre sus manos las frías manos de la deformada.

—Todos habían en el jardín, y usted lleva de juventud y de hermosura, prefiere la triste compañía de un ciego, en este apartado saloncito. ¿Qué alma más buena!

Luz María contemplaba con tristeza al pobre muchacho privado de la vista, y son-

reía forzosamente al ver entre las manos robustas del ciego, su mano pálida.

—¡Tiene usted manos de niña! — dijo José Luis amorosamente.

—Sí! — repuso la jorobada, por decir algo, y el ciego continuó hablando sin soltar la mano riquísima de la contrachecha, que a él le parecía la mano de una muchacha ideal.

—Verdad que es una pena encontrarse como yo, en lo mejor de la vida y con los ojos cerrados a la luz? —

—Muy triste, realmente! —

—Encontrarse, como en este instante, junto a una muchacha tan adorable como usted, y tener forzosamente que ocultar los verdaderos pensamientos, porque... ¡qué muchacha llena de vida, se atreverá a dejarse amar por un pobre ciego!

—José Luis! —

El ciego continuó: —No se enfade usted, Luz María!... Mi tío no sabe el mal que me ha hecho al presentarme a usted. ¡Yo he soñado con esa voz arrulladora que ha cantado la serenata de Schubert!... Yo la he amado a usted en sueños, Luz María.

—José Luis! — reprendió cariñosamente la jorobada.

El ciego, oprimiendo fuertemente la escudada mano de la desventurada criatura deformada, dijo a ésta:

—Sea usted una buena amiga de este muchacho ciego!

Luz María, conmovida, dijo, con voz vehemente por la emoción:

—Seré su mejor amiga, José Luis! Y cuando quiera venir unos momentos felices, escuchando un trozo de música, venga a esta casa, que en ella, hallará usted a Luz María dispuesta a cantar, para que usted suene.

—¡Gracias, Luz María, gracias!... ¡No oye usted?... ¡Cuanto se divierten en el jardín los que pueden!

—¡Tiene usted razón, José Luis! Los que pueden!... Y cambiando el giro algo triste de la conversación, añadió la jorobada:

—¿Quiere usted oír el "Ave María", de Gamodi? —

—¡Magnífico! — repuso el ciego.

Y a los pocos momentos, y contrastando con las melodías quebradas, rotas, de la orquesta y las risas cantarras de las muchachas, entrecortadas por completo a la doctra fusión de la danza moderna, se oía la voz dulcísima de la jorobada, que cantaba de un modo insuperable el "Ave Ma-

ria", de Gamodi, ante la emoción del muchacho ciego, que la escuchaba en silencio y casi devotamente.

Luz María, Mendocza, la infeliz jorobada, y José Luis, el muchacho ciego, vivieron tres meses felices, pues sus almas supieron comprenderse. Sin que nadie pudiera sospecharlo, el amor prendió en aquellos corazones llenos de juventud.

La madre de Luz María y don Daniel, el tío de José Luis, fueron los tímidos que se dieron cuenta del idilio de los muchachos, y tanto esta como aquel, callaron piadosamente. ¿Cómo decir a José Luis que la muchacha que entró en su corazón, era tan ridículamente fea? ¿Cómo poner de manifiesto ante el enamorado muchacho, la verdad cruel, diciéndole que aquella voz arrulladora que hizo vibrar su alma de amor, salía de un cuerpo deformado y repugnante?

Callaron los dos viejos, no dándose por enterados, y Luz María y José Luis vivieron tres meses, dando rienda suelta a sus ilusiones.

Sonó el tr de la puerta.

Hallábase Luz María, bordando, al lado de su vieja madre, y al escuchar el timbre, levantóse y pidióle:

—La criada abrió la puerta y aparecieron en ella don Daniel, dando el brazo a su José Luis, que al entrar dijo, echando hacia delante su busto, como buscando algo muy querido:

—Luz María!

—José Luis! — repuso la jorobada.

Don Daniel fue el primero en hablar.

—Lamentándolo de todo corazón — dijo el viejo — desde hoy van a quedar interrumpidas esas marinhas tardes que Luz María proporcionaba a mi sobrino José Luis, haciéndole escuchar las bellas composiciones musicales que esta chiquilla canta tan dulcemente.

—Pues... ¿y eso? — interrogó la madre de Luz María.

—¿Qué dice usted, don Daniel? — preguntó a su vez la jorobada.

José Luis se adelantó, diciendo en tono cariñoso:

—Esta noche salimos mi tío y yo para Alemania.

La contrachecha palideció.

—Hemos tenido un telegrama de mi tío Eduardo (hermano de mi tío Daniel) y nos asegura que allí ha un especialista en enfermedades de los ojos, que hace verdaderos milagros.

—Figúrese usted, Luz María — agregó don Daniel —. Esta misma noche salimos para reunimos con mi hermano. Yo he creído siempre, que la ceguera de mi sobrino no es incurable, y sobre todo, vamos allá esperanzados, a intentar... ¡quién sabe!

El ciego dijo cariñosamente, hablando en voz alta y mirando fijamente con sus ojos quietos:

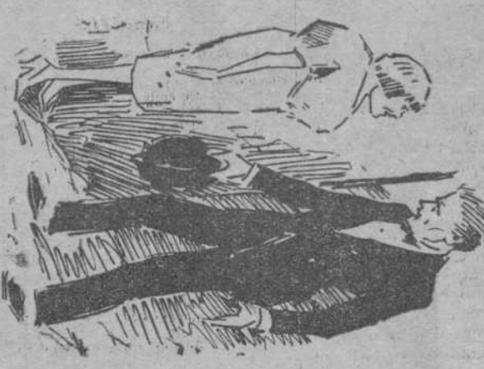
—Luz María!... ¡Si Dios hiciera un milagro!... ¡Qué alegría tan grande poder ver nuevamente la luz!... ¡Contemplar la vida tan bella como debe ser! Perdí la vista siendo tan pequeño, que apenas me acuerdo de nada. ¡Yo tengo mucha fe!...

—¡Podrá ver de cerca la expresión de su rostro, cuando canta usted poniendo tanto corazón en sus canciones!

Los viejos se miraron tristemente.

La jorobada bajó sus ojos, clavándolos en la alfombrada la habitación.

—Continuaremos siendo amigos entrañables como ahora. Yo sabré agradecer a usted las horas dulces que me ha proporcionado... ¡quién sabe como si fuera un niño, hasta el butirón de saloncito de música, sentándome cariñosamente! ¡Dá no sabes



reía forzosamente al ver entre las manos robustas del ciego, su mano pálida.

—¡Tiene usted manos de niña! — dijo José Luis amorosamente.

—Sí! — repuso la jorobada, por decir algo, y el ciego continuó hablando sin soltar la mano riquísima de la contrachecha, que a él le parecía la mano de una muchacha ideal.

—Verdad que es una pena encontrarse como yo, en lo mejor de la vida y con los ojos cerrados a la luz? —

—Muy triste, realmente! —

—Encontrarse, como en este instante, junto a una muchacha tan adorable como usted, y tener forzosamente que ocultar los verdaderos pensamientos, porque... ¡qué muchacha llena de vida, se atreverá a dejarse amar por un pobre ciego!

—José Luis! —

El ciego continuó: —No se enfade usted, Luz María!... Mi tío no sabe el mal que me ha hecho al presentarme a usted. ¡Yo he soñado con esa voz arrulladora que ha cantado la serenata de Schubert!... Yo la he amado a usted en sueños, Luz María.

—José Luis! — reprendió cariñosamente la jorobada.

El ciego, oprimiendo fuertemente la escudada mano de la desventurada criatura deformada, dijo a ésta:

—Sea usted una buena amiga de este muchacho ciego!

Luz María, conmovida, dijo, con voz vehemente por la emoción:

—Seré su mejor amiga, José Luis! Y cuando quiera venir unos momentos felices, escuchando un trozo de música, venga a esta casa, que en ella, hallará usted a Luz María dispuesta a cantar, para que usted suene.

—¡Gracias, Luz María, gracias!... ¡No oye usted?... ¡Cuanto se divierten en el jardín los que pueden!

—¡Tiene usted razón, José Luis! Los que pueden!... Y cambiando el giro algo triste de la conversación, añadió la jorobada:

—¿Quiere usted oír el "Ave María", de Gamodi? —

—¡Magnífico! — repuso el ciego.

Y a los pocos momentos, y contrastando con las melodías quebradas, rotas, de la orquesta y las risas cantarras de las muchachas, entrecortadas por completo a la doctra fusión de la danza moderna, se oía la voz dulcísima de la jorobada, que cantaba de un modo insuperable el "Ave Ma-

ria", de Gamodi, ante la emoción del muchacho ciego, que la escuchaba en silencio y casi devotamente.

Luz María, Mendocza, la infeliz jorobada, y José Luis, el muchacho ciego, vivieron tres meses felices, pues sus almas supieron comprenderse. Sin que nadie pudiera sospecharlo, el amor prendió en aquellos corazones llenos de juventud.

La madre de Luz María y don Daniel, el tío de José Luis, fueron los tímidos que se dieron cuenta del idilio de los muchachos, y tanto esta como aquel, callaron piadosamente. ¿Cómo decir a José Luis que la muchacha que entró en su corazón, era tan ridículamente fea? ¿Cómo poner de manifiesto ante el enamorado muchacho, la verdad cruel, diciéndole que aquella voz arrulladora que hizo vibrar su alma de amor, salía de un cuerpo deformado y repugnante?

Callaron los dos viejos, no dándose por enterados, y Luz María y José Luis vivieron tres meses, dando rienda suelta a sus ilusiones.

Sonó el tr de la puerta.

Hallábase Luz María, bordando, al lado de su vieja madre, y al escuchar el timbre, levantóse y pidióle:

—La criada abrió la puerta y aparecieron en ella don Daniel, dando el brazo a su José Luis, que al entrar dijo, echando hacia delante su busto, como buscando algo muy querido:

—Luz María!

—José Luis! — repuso la jorobada.

Don Daniel fue el primero en hablar.

—Lamentándolo de todo corazón — dijo el viejo — desde hoy van a quedar interrumpidas esas marinhas tardes que Luz María proporcionaba a mi sobrino José Luis, haciéndole escuchar las bellas composiciones musicales que esta chiquilla canta tan dulcemente.

—Pues... ¿y eso? — interrogó la madre de Luz María.

—¿Qué dice usted, don Daniel? — preguntó a su vez la jorobada.

José Luis se adelantó, diciendo en tono cariñoso:

—Esta noche salimos mi tío y yo para Alemania.

La contrachecha palideció.

—Hemos tenido un telegrama de mi tío Eduardo (hermano de mi tío Daniel) y nos asegura que allí ha un especialista en enfermedades de los ojos, que hace verdaderos milagros.

—Figúrese usted, Luz María — agregó don Daniel —. Esta misma noche salimos para reunimos con mi hermano. Yo he creído siempre, que la ceguera de mi sobrino no es incurable, y sobre todo, vamos allá esperanzados, a intentar... ¡quién sabe!

El ciego dijo cariñosamente, hablando en voz alta y mirando fijamente con sus ojos quietos:

—Luz María!... ¡Si Dios hiciera un milagro!... ¡Qué alegría tan grande poder ver nuevamente la luz!... ¡Contemplar la vida tan bella como debe ser! Perdí la vista siendo tan pequeño, que apenas me acuerdo de nada. ¡Yo tengo mucha fe!...

—¡Podrá ver de cerca la expresión de su rostro, cuando canta usted poniendo tanto corazón en sus canciones!

Los viejos se miraron tristemente.

La jorobada bajó sus ojos, clavándolos en la alfombrada la habitación.

—Continuaremos siendo amigos entrañables como ahora. Yo sabré agradecer a usted las horas dulces que me ha proporcionado... ¡quién sabe como si fuera un niño, hasta el butirón de saloncito de música, sentándome cariñosamente! ¡Dá no sabes

uizo francés, y Gibbs, inglés, al propio zarevitch y a las grandes duquesas. Terminada la cena, la familia imperial se reunió con algunos de los palatinos que les habían seguido, hablando, leyendo y tomando te.

Incluso para oír misa, se les permitía oír en la inmediata iglesia de la Anunciación. Los soldados formaban desde la casa a la iglesia impidiendo que nadie se acercase a la familia imperial. Algunas mujeres, sin embargo, se arrojaban y algún viejo mujic se persignaba o hacía el signo de la bendición.

Para conseguir un ejercicio físico, solicitaban permiso para serrar madera y hacer troncos de árboles, para tener leña. Así consiguieron construir entre el zar y los profesores una especie de terraza de madera y una escalera que a ella conducía, terraza que les servía para tomar el sol.

Todo esto cambió pronto. El coronel Kobylinsky, tal vez tenido por débil, no llegó a Tobolsk, dos comisarios del pueblo, Pankratof y su ayudante Nikolski. Pankratof era un hombre dulce e inteligente, de un socialismo romántico, lleno de humanidad. Nikolski, al contrario, era duro. Los dos habían estado en presidio, pero la persecución que había puesto en Pankratof una tierna comprensión, había acentuado en el corazón de Nikolski el afán de represalia.

Así, al poco tiempo de llegar, obligó a la familia imperial a retratarse.

—¿Por qué? — preguntó el zar.

—Porque ustedes a nosotros también nos obligaban a retratarnos — respondió Nikolski —. Cuando caíamos presos nos fotografaban de frente y de perfil y nos señalaban con un dedo. Ahora toca a ustedes.

Otro día, viendo que las grandes duquesas y el zarevitch miraban hacia la calle a través de las rendijas de la empalizada, movió un escándalo, ordenando los soldados que lo impidiesen. Los soldados, que habían conservado hasta entonces la disciplina, empezaron a empaparse de acentuadas doctrinas revolucionarias predicadas por los dos comisarios. Para ellos, el enemigo lejano lo fue el Gobierno provisional, y el inmediato, la familia imperial y los oficiales. Un día, una comisión de soldados se acercó al coronel Kobylinsky interesándole que la guarnición había decidido pedir a los oficiales que no ostentasen sus chaquetas, debiendo, el mismo emperador, quitarse las suyas Kobylinsky intentó vencerles. Todo fué inútil. Entonces fué a ver al emperador:

—Con todo mi dolor le comunico que los soldados, indisciplinados, imponen que desaparezcan las chaquetas.

El emperador se sometió.

A los pocos días, el zar, en vez de su sencillo uniforme corriente se puso capote cosaco con el típico puñal a la cintura. Los soldados se arrojaban a otestar:

—El zar tiene armas y quiere quitárselas!

El zar entregó su puñal decorativo al coronel Kobylinsky. Este, cansado



EL CAUTIVERIO DE TOBOLSK
El zar, el zarevitch y las grandes duquesas Olga, Anastasia, Tatania y Maria, tomando el sol en el techo de una barraca del patio de la casa que les servía de cárcel